

XXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo A)

En la primera Lectura, vemos al profeta Jeremías, a quien Dios le pide que dé a su pueblo un mensaje a su pueblo que no les va a gustar. Pero Jeremías hace lo que Dios le dice.

Se nos muestran también los intentos para reducir al profeta. Son de dos tipos: el intento de seducirlo, apartarlo de su misión con el atractivo de bienes, y la persecución directa. Ambos métodos, combinados o por separado, se repiten a lo largo de la historia. Si analizamos cualquier época de persecución veremos que a veces se busca matar, pero otras veces sólo pervertir, o ambas a la vez. Es así porque lo que se intenta es apartar al hombre de Dios.

En México, por ejemplo, en época del gobierno de Calles, que dictó crueles leyes contra la Iglesia, se intentó apartar a los sacerdotes del ministerio primero ofreciéndoles entrar en el funcionariado estatal. Para ello debían casarse. Cuando esto fracasó, se ordenó su persecución a muerte.

Durante la Revolución Francesa pasó lo mismo con la llamada Constitución Civil del Clero, que incitaba a los sacerdotes a separarse del Evangelio. Quien no lo hacía ya estaba condenado. Son casos patentes de los que encontraríamos muchos. Pero se reproduce también de forma más silenciosa en la vida de muchos cristianos que somos tentados a acomodarnos al mundo, y si no cedemos somos denostados, marginados, calumniados y rechazados.

En el Evangelio, Jesús también nos anima a no temer a los hombres. No hay que tener miedo de quienes pueden matar el cuerpo, porque el alma es más importante.

Dios te ha dado la fe, y ha puesto en tu corazón el mensaje de verdad y de amor más grande de la historia. Es el Evangelio. Es el único mensaje que salva, el único mensaje que puede llevar al hombre por el camino de la verdadera felicidad, a la vida para siempre. Es un mensaje que es más grande que tú y que yo, que Dios quiere comunicar y que el mundo necesita, un mundo que está harto de mentiras.

Jesús te dice hoy: “No tengas miedo.” No te acobardes. Sé valiente, pero sé también muy respetuoso, muy delicado. No te impongas. Invita.

Si además yo mismo vivo ese mensaje, si lo hago vida en mi vida, este mensaje tendrá más fuerza de convicción, porque ya no solo serán palabras.

Ahora celebraremos la Eucaristía. Somos invitados a sentarnos con el Señor a su mesa, a escuchar sus palabras, a compartir su presencia. Al lado tuyo están tus hermanos, está la Virgen María, está San José, están los mártires, están santos. “No tengas miedo”, dice Jesús. “Yo he vencido al mundo”.